

matança en los que las andas tenían, cayeron con su señor en el suelo é con ellas juntamente; y si el gobernador no punara tanto con su espada en la mano por defender la vida á Atabaliba, allí se acabáran con su trono él é sus pompas é crueldades, porque entre las manos se lo querían matar. Todavía por defenderle, fué herido el gobernador de una pequeña herida en la mano.

En todo esto no ovo indio que alçasse armas contra español, porque fué tanto el espanto que les puso ver entrar al gobernador entrellos, é al mesmo punto soltar el artilleria é salir el tropel de los caballos, que se turbaron de tal forma que no tenían sentido sino para huyr, por salvar las vidas, sin quedar en ellos esfuerzo ni tiento para resistir á los chripstianos.

Todos los que traían las andas de Atabaliba murieron á par dellas, é todos eran hombres principales: tambien murieron los que venían en las literas é hamacas. Y el de la una litera era un paje suyo grand señor quél mucho estimaba, é los otros eran caçiques é señores de mucha gente é consejeros suyos. Murió allí assimesmo el caçique señor de aquel pueblo de Caxamalca, é otros señores é capitanes murieron, que se dexan de decir por su mucho número; pero es de notar que todos los que venían á la redonda y en guarda de la persona de Atabaliba eran señores, é todos los más murieron ante sus ojos.

El gobernador se fué á su possada con la persona de Atabaliba, é despojado de todas sus vestiduras, que por sacarlo de las andas los españoles se las avian rompido é tirado, porque era maravillosa cosa de ver su labor é riqueza: é mucho más para espantar ver en tan breve espacio de tiempo un señor tan grande é que con tanta magestad é soberbia venía, ver-le derribado de su trono é presso, é des-

baratado tan grand exército. Assi que, llegado el gobernador á su aposento, mandó luego sacar ropa de la tierra, con que los señores se vistén, é mandóle vestir é assentar en una silla á par dél, é con las lenguas le aplacaba é consolaba del grand enojo é turbación, que tenía de verse tan presto privado de su libertad é de su estado grandíssimo. Y entre otras palabras le dixo el gobernador que no tuviesse por afrenta ni se maravillasse de averle presso é desbaratado su exército con tan poquitos españoles, como el gobernador traía, é dixole assi:

«Con menos que estos he yo sujetado é señoreado otra mucha más tierra que la tuya, y he desbaratado otros mayores señores que tú, poniéndolos debaxo del señorío del Emperador, mi señor, cuyo vassallo é criado yo soy, é lo son estos españoles que conmigo por su mandado vienen. El qual es Rey é señor de España, y universal Emperador de los chripstianos de todo el mundo; é ando conquistando é atrayendo para su real servicio estas tierras, para que todos vengays en conocimiento de Dios é de su sanctíssima fée cathólica. Y con tan buena demanda é tan justa é sancta raçon, como traemos, permite Dios todopoderoso, ques criador del cielo é de la tierra, de nosotros é de vosotros, é de todas las otras cosas nascidas é criadas, que porque le conozcays é salgays de la bestialidad é vida diabólica en que vivís, que tan poquitos como somos sujetemos é señoreemos tantas tierras é tanta moltitud de gentes, como en ellas viven. Y de que lo hayays bien entendido é veays el error, en que hasta aqui aveys vivido, conosçereys el beneficio que aveys resçevido en aver venido nosotros á la tierra por mandado de Su Magestad: é debeys tener á buena ventura que no aveys seydo presso ni desbaratado por gente cruel, como vosotros soys, que no days vida á ninguno en vuestras

guerras: antes usamos de mucha piedad con los que en nuestras manos tenemos, aunque sean nuestros enemigos é nos hayan ofendido. Y no hallarás que yo haya hecho guerra sino á quien me la ha hecho á mí; é aun con poderlos destruyr, no lo hago: antes los he perdonado, porque teniendo presso al caçique señor de la isla de Sanctiágo (seyendo meresçedor de muerte), lo solté é puse en su libertad, é le dexé en su isla, porque de allí adelante fuesse bueno, é lo mesmo hiçe con el caçique de Quaque é con Chilimasa, señor de Tumbes, y con otros muchos señores, que teniéndolos en mi poder é meresçiendo que se les diesse la muerte, no se la he dado. Y si tú fuiste presso é muerta la gente que se te ha muerto, fué porque venias con tan grand hueste armada contra nosotros, enviándote yo á rogar con el religioso que entrasses de paçes á verme, é no solamente lo dexastes de haçer, mas tomastes tanta soberbia que echaste las palabras de Dios por el suelo; é assi permitió Dios de echarte á tí por tierra é abaxar tu soberbia, é que ninguno de los tuyos pudiesse ofender á español alguno».

Hecho este raçonamiento por el gobernador, dixo Atabaliba que avia seydo engañado de sus capitanes é principales, que le avian dicho que seyendo tan poquitos los españoles, no los estimasse ni tuviesse sino en poco: quél mucho quisiera venir de paz, é los suyos no le dexaron. É que los que le aconsejaron que tuviesse guerra con los chripstianos, todos eran muertos en su pressencia é ya avian pagado su culpa; é que bien avia visto é conosçido la bondad é ánimo de los españoles é lo mal que sus capitanes dél le avian aconsejado, é que Maycablico en todo lo que le envió á decir de los chripstianos, le mintió.

Ya que se escuresçia ó acabó el dia, el gobernador vió que los nuestros que avian

seguido el alcance no eran tornados del campo, é mandó tirar los tiros é tocar las trompetas porque se recogiesse, é desde á breve espacio entraron todos en el real por la plaça con muchos prisioneros, hombres é mugeres, en que avia más de tres mill personas. É llegados ante el gobernador, él les preguntó si venían todos buenos, é si avia avido algun herido; é su hermano é capitán general suyo, Hernando Piçarro, dixo que todos venían buenos, é que solo un caballo avia resçevido una pequeña herida. Á lo qual el gobernador, con mucho plaçer, replicó é dixo:—«Yo doy muchas graçias á Dios, Nuestro Señor, é todos vosotros, señores, las debeys dar, por tan grand miraclo como en este dia por nosotros ha hecho: que verdaderamente podemos creer que sin su ayuda no éramos gente para entrar en esta tierra, quanto más para vencer é desbaratar tan grand exército. Plega á él por su misericordia, que pues tiene por bien de haçernos tantas merçedes, lo tenga assi en ayudarnos á haçer obras, con que le sirvamos y alcancemos su sancto reyno. É porque, señores, verneys fatigados, yos á reposar; pero mirad que la victoria no nos descuyde, é que agora se haga mejor vela que nunca se ha hecho, porque aquestos van desbaratados y es gente mañosa é diestra en la guerra é han perdido á su señor: el qual es muy temido é obedesçido dellos, é han de presumir toda ruindad é cautela por sacarle de nuestro poder. Esta noche é todas las demás haya la guarda é recabdo de velas é rondas en tal manera que nos hallen aperçebidos».

Con esta amonestación é mandamiento se fueron á çenar é reposar, y el gobernador hiço lo mesmo, é sentó á çenar consigo á Atabaliba, é haciéndole muy buen tractamiento é sirviéndole como á su mesma persona. É luego le mandó dar de sus mugeres, que fueron pressas, las

quél quiso é señaló para su servicio; é mandóle haçer buena cama, en que se acostó, en su propia cámara donde el gobernador dormía, suelto, sin prisiones, salvo que tenía guardas que lo velaban de noche é de día.

Turó este rompimiento desde que los españoles salieron contra Atabaliba é su gente hasta que se recogieron media hora ó poco más, porque el sol era puesto, quando se començó; é si la noche con su escuridad no lo atajara, de más de treynta mill hombres que vinieron, la mayor parte dellos murieran. Algunos que avian visto gente de guerra junta, fueron de opinion que avia más de quarenta mill hombres. Todavía quedaron en el campo más de dos mill hombres, sin otros muchos que se escaparon heridos. Vidose en este trance una cosa digna de notarse, é fué que algunos caballos quel día antes no se podian tener, que fueron resfriados en la sierra y en el camino, anduvieron tan ligeros é suel-

tos, é con tanto ánimo é furia, que parecía que ningun mal avian tenido; é assi esos como todos los demás anduvieron aquel día tan enteros é frescos como si no ovieran andado jornada, ó como si entonces salieran holgados de las caballerías.

El capitan general Hernando Piçarro requirió aquella noche las velas é rondas en los lugares é partes é puestos que les mandó haçer la guarda; é mandóles tener el cuydado é poco sueño que en tales casos se requiere, como hombre que lo entendia, y era veterano soldado y experto capitan. Y assi de quando en quando por su persona visitaba las estancias, é mandaba las velas é guardas, é las renovaba, como convenia á la guarda de un príncipe tan grande como á las manos se les vino, á mi parecer como hombre de mal consejo é poca industria, ó como loco é desatinado, ó mejor considerándolo, porque assi fué la voluntad de Dios, sin la qual imposible fuera aver tal evento ó salida las cosas, como lo tuvieron.

CAPITULO VIII.

En el qual se tracta cómo el día siguiente á la prission de Atabaliba fué recogido el campo, é del grand despojo é prissioneros que ovo el segundo día de la prission de aqueste grand príncipe, é la forma de las armas de aquella gente, é la manera é assiento de la casa que Atabaliba tenía en medio de su ejército, é otras cosas que la historia pide que no sean olvidadas.

Otro día siguiente de la desaventurada ó infelice prission para Atabaliba, assi como amanesció, envió el gobernador un capitan con treynta de caballo á recoger el campo, é mandóle que hiciesse quebrar todas las lanças é armas, que de los indios avian quedado sembradas por tierra. Y entretanto la otra gente que avia quedado en el real con muchos indios de los que la noche antes avian seydo presos, sacaron todos los cuerpos muertos de la plaça, y echáronlos fuera en el campo en parte, donde no pudiesen dar mal olor á los vivos.

El capitan con los de caballo recogieron lo que en el campo é real é tiendas de Atabaliba se halló, é volvieron antes de medio día al real de los españoles con tan buena pressa que truxeron muchos prissioneros, hombres é mugeres é muchachos, é ovejas, é mucha ropa é oro é plata. Y en el oro quel día antes se avia recogido é lo que en estotro día se recogió é se truxo, ovo quarenta mill pesos, todo buen oro, é siete mill marcos de plata é catorçe esmeraldas. Y en el oro é plata ovo piezas muy grandes, é cántaros, é ollas, é copones, é brasseros, é

otras diversidades de vassijas, é todas pessadas: lo qual todo dixo Atabaliba que era vaxilla de su servicio ordinario, é otra mucha cantidad que dixo que sus indios que avian huydo, llevaron.

Todas las ovejas, porque eran mucha cantidad é hiciesen mucho embaraço en el real, mandó el gobernador que las soltassen é se echassen al campo, é que dellas los españoles matassen cada día las que oviesen menester.

Los indios é mugeres é todos los que la noche antes se avian recogido pusieronlos en la plaça, y eran ocho mill ánimas ó más: destos mandó el gobernador que los españoles tomassen cada uno las piezas que para su servicio quisiesse é oviesse menester, é que todos los demás fuessen sueltos é se fuessen á sus tierras, porque eran de diverssas provincias que los tenía Atabaliba recogidos para sostener sus guerras é para el servicio de su ejército.

Los españoles eran de opinion que á todos los indios, que eran hombres de guerra, los matassen ó les cortassen las manos; y el gobernador lo estorbó, é dixo que no se hiciesse tal crueldad, porque aunque eran muchos los que Atabaliba tenía é los que podría recoger de las tierras de su señorío, es sin comparación mayor el poder de Dios que ayuda á los suyos: é que tuviessen por cierto que pues los avia librado del peligro del día antes, los libraria de otros muy mayores, seyendo sus intenciones buenas para atraer aquella gente bárbara á su servicio; é que en ninguna manera quisiesse parecer á ellos en las crueldades é sacrificios, que en sus guerras haçen y executan en los que prenden. «Basta, dixo el gobernador, los que se matan en la batalla, y esos que se han traydo, como ovejas á corral, no es bien que mueran ni se haga otra justicia en ellos». É assi fueron sueltos todos.

TOMO IV.

En aquel pueblo de Caxamalca se hallaron ciertas casas llenas de ropa, que parece que estaba allí depositada, é puesta en fardos arrimados hasta la techumbre de las casas; tan bien puestos é ordenados como los suelen tener los pulidos mercaderes en Flandes y en Medina del Campo; é de aquella ropa se basteçia el ejército de Atabaliba. Los españoles tomaron lo que quisieron dessa ropa, é todavia quedaron las casas tan llenas, que parecía que no avia hecho falta la que se tomó della. Y era la mejor ropa que en ninguna parte de Indias se ha visto en aquestas partes; y en España y en todo el mundo la ovieran avido por muy buena é muy linda: é la mayor parte della era de lana muy delgada é primal; otra de algodón de muchas é diverssas colores finas é bien mataçadas.

Las armas que se hallaron, con que estas gentes haçen la guerra, é la manera de pelear son estas. En la delantera vienen honderos, que tiran con sus hondas piedras guijeñas lisas, hechas á mano, de hechura de huevos é tan grandes como ellos; y estos honderos traen rodela, aquellos haçen de tablillas angostas bien fuertes: traen jubones colchados de algodón. Trás estos vienen otros con porras é hachas de armas: las porras son tan luengas las astas como una braça é media é de á braça, de gordor de una lança gineta: la porra que está al cabo engastonada, es de metal é tan gruessa como el puño, con çinco ó seys puntas agudas, tan gruessa cada punta como el dedo pulgar: juegan con ellas á dos manos. Las hachas son del mesmo tamaño é mayores, é la cuchilla de metal, de anchor de un palmo, hecha como alabarda: algunas destas hachas é porras hay de oro é plata, que traen los principales.

Trás estos vienen otros con lanças pequeñas arrojadías como dardos.